



Diálogos Latinoamericanos
ISSN: 1600-0110
au@au.dk
Aarhus Universitet
Dinamarca

Durán Durán, Armando
Políticas de lugar en los movimientos sociales contemporáneos
Diálogos Latinoamericanos, núm. 14, 2008, pp. 57-75
Aarhus Universitet
Aarhus, Dinamarca

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=16201404>

- ▶ Cómo citar el artículo
- ▶ Número completo
- ▶ Más información del artículo
- ▶ Página de la revista en redalyc.org

Políticas de lugar en los movimientos sociales contemporáneos²⁷

Armando Durán Durán²⁸

What types of relations are there between the theoretical advances on the subject of social movements and the recent social transformation rehearsals in Latin America? The present document suggests that policies of place displayed by some contemporary social movements constitute a hint of the dense relationship between the production of knowledge about the phenomenon and the recent collective experiences of social transformation. The policies of place are understood as potential qualities that defy dichotomous, naturalized and universal visions of a good living idea, capable of opening possibilities for creating other worlds.

Keywords: Contemporary social movements, policies of place, dialogue of knowledge and interculturality.

Presentación

Los trabajos editados por Paulo Krischke e Ilse Scherer-Warren (1987); Sonia Larangeira (1990); Enrique Laraña y Joseph Gusfield (1994); Dough McAdam, John McCarthy, Mayer Zald (1999), y Arturo Escobar, Sonia Álvarez y Evelina Dagnino (2001), entre los más destacados, evidencian que han pasado más de tres décadas de producción teórica y metodológica sobre los denominados nuevos movimientos sociales. En esta fértil producción de conocimiento sobre el tema, los investigadores han privilegiado variadas ‘unidades’ de indagación, unas con mayor tradición que otras, a saber: acción racional, oportunidades políticas, estructuras de movilización, identidad colectiva, sistema-mundo, protesta social y lo territorial. Se advierte, que últimamente, más que permanecer puras estas

²⁷ El artículo recoge avances de la tesis doctoral “Movimientos sociales contemporáneos: ¿Perspectivas alternativas al desarrollo? Tesis que en la actualidad el autor adelanta en la Pontificia Universidad Católica Argentina.

²⁸ Sociólogo, Magíster en Planificación y Administración del Desarrollo Regional y estudiante de doctorado en Sociología. Docente e investigador adscrito al grupo de Comunicación-educación avalado por Colciencias de Colombia. Correo electrónico: barichara72@hotmail.com

categorías de comprensión se han imbricado, configurando matrices de comprensión que cruzan varias de ellas, quizá atendiendo visiones más pragmáticas de cara a la complejidad que reviste hoy este fenómeno social.

En América Latina la irrupción de nuevas acciones colectivas desde México, como la rebelión de Oaxaca²⁹, hasta Argentina, con las tomas de rutas por parte de los movimientos Piqueteros³⁰, vienen señalando en estas sociedades una ampliación de las contradicciones sociales que se singularizan según los espacios, relaciones y conflictos donde emerge la lucha social.

Contemporáneamente la contradicción entre capital y trabajo, cuestión de lucha del movimiento clásico obrero³¹, se muestra analíticamente insuficiente para dar cuenta del surgimiento, evolución y declive de protestas sociales que disputan reivindicaciones materiales y simbólicas plurales. Estas luchas priorizadas por los actuales movimientos hacen visibles ‘nuevas’ contradicciones sociales, que por ejemplo refieren a tensiones entre: sujeto y naturaleza; individuo y nación; identidad y fragmentación; economía y tecnología, y política y cultura. Conflictos que llevan a estos colectivos a imaginar y definir prácticas que apuesten por democracias más radicales, que transciendan su nivel formal institucional e incluyan todas las relaciones sociales penetradas por el autoritarismo social y no solamente por la exclusión política en sentido estricto (Dagnino, 1994). Esto es, acciones colectivas que interpelan a los sistemas políticos formales y abogan por su transformación y, al mismo tiempo, que indagan desde sus experiencias y trayectorias por otros “desarrollos”³² y por la erradicación de desigualdades sociales desde la creación y valoración de marcos de relaciones de la vida cotidiana que estén signados por la diferencia epistémica, étnica, sexual y de género, lo que significa, grupos sociales luchando por otorgar nuevos sentidos a las concepciones heredadas

²⁹ En el verano de 2006 en el estado de Oaxaca, al sur de México, se gestó una protesta masiva mediante el uso popular de medios de comunicación (radio y televisión) en defensa de la justicia social, cultural y económica de los habitantes. Véase, www.corrugete.org

³⁰ Los movimientos de los Piqueteros en Argentina, son colectivos que se toman las calles y cierran las rutas de acceso a los poblados y ciudades como forma de protesta y presión social, son el resultado de una nueva experiencia social comunitaria vinculada al colapso de las economías regionales y a la crisis por la desocupación que tuvo su mayor expresión a finales del siglo pasado. Véase, Svampa y Pereira (2003), Massetti (2004), Antonello (2004).

³¹ Al respecto, Sonia Larangeira (1990) investiga las posibilidades y limitaciones de la categoría clase social como recurso explicativo de los movimientos sociales contemporáneos en América Latina. 58

³² Véase, Escobar (1998).

de conocimiento³³, ciudadanía, desarrollo, naturaleza y, como consecuencia, experiencias colectivas que ponen en conflicto visiones únicas del buen vivir.

En este contexto en los últimos años, en Latinoamérica, viene predominando un desafío epistemológico y social, que puede referirse con el siguiente interrogante: ¿De qué manera son narradas-creadas las presentes protestas sociales de los países del Sur del continente? O dicho de otro modo ¿Qué tipos de relaciones existen entre los avances teóricos sobre el tema de los movimientos sociales y las recientes prácticas de transformación social en América Latina? El escrito propone que las *políticas de lugar* que despliegan algunos movimientos sociales contemporáneos constituyen una pista de relación densa entre la producción de conocimiento sobre el fenómeno y las recientes experiencias colectivas de transformación social.

El artículo contiene tres partes. La primera describe brevemente las principales teorías que han sido utilizadas para dar cuenta de los movimientos sociales en las últimas décadas. Luego se presenta la experiencia del Foro Social Mundial (FSM) como nuevo fenómeno político donde confluye lo que podría denominarse la versión más contemporánea de los movimientos sociales en Latinoamérica. Por último, se propone que la lucha social de hoy en la región exhibe una cualidad potencial que desafía visiones dicotómicas, naturalizadas y universales del buen vivir, las *políticas de lugar*.

Teorías sobre nuevos movimientos sociales

Según la perspectiva teórica asumida existen diferentes formas de comprender los nuevos movimientos sociales (*NMS*)³⁴. Algunos autores, (Munck, 1995; Jiménez 1999; Oslinger, 2000), coinciden en que los estudios europeos tienden a privilegiar las *reivindicaciones identitarias* como núcleo de definición de estos movimientos. De acuerdo con estos autores este enfoque conocido como “paradigma de la identidad colectiva”³⁵, pone el énfasis en las múltiples formas en que los actores sociales crean y forman sus identidades y articulan y defienden sus solidaridades. Concibe a los actores situados en relaciones sociales y de poder, por ello sus identidades son dimensiones culturales que pueden ser movilizadas como protesta social. Alberto Melucci (1994) uno de los

³³ Véase, Castro (2005).

³⁴ Se concibe a las perspectivas teóricas que comprenden los nuevos movimientos sociales como campos creadores de sentido y, por tanto, como generadoras de realidad social. Las unidades teóricas, siempre en disputa, producen el acontecimiento, al describirlo, al ocuparse de él, es decir, cuando adjudican características que controvieren y/o innovan en lo conocido del fenómeno.

³⁵ Véase, Enrique Laraña y Joseph Gusfield (1994).

principales exponentes de este enfoque define los nuevos movimientos sociales como una forma de acción colectiva basada en la solidaridad e identidad, que conduce a un conflicto que rompe los límites del sistema. Quizá en ocasiones se le reclama a esta teoría cierto ‘sesgo’ estructural al relacionar en los análisis lógicas que dan predominio a la clase social como forma identitaria básica.

Los enfoques conceptuales provenientes de América del Norte inicialmente destacaron en los estudios de los movimientos sociales de fin del siglo XX su relación con el sistema político institucionalizado, esta visión fue inaugurada por Charles Tilly (1978). Su apuesta principal tuvo que ver con explicar la emergencia de acciones colectivas tomando como referencia los cambios en los ámbitos de la política gubernamental y sus relaciones formales e informales con los grupos de presión social.

Por la misma época, John McCarthy y Mayer Zald (1973 y 1977) proponen la *teoría de movilización de recursos*, esta perspectiva privilegia la investigación de las dinámicas organizativas formales de la acción colectiva, define como motor del cambio social a las formas colectivas con capacidades para obtener y movilizar los recursos tendientes a la eficacia de un movimiento. A esta lógica de estudio de la acción social se le cuestiona su pretensión de caracterizar a los movimientos sociales según rasgos de las organizaciones estables y de la acción racional de sus miembros.

Posteriormente, al tener en cuenta la variedad de formas organizativas que los movimientos expresan y los principios de análisis de los *procesos políticos* de Tilly, y en especial la información proveniente de los contextos de vecindad, de trabajo y de comunicación en la movilización colectiva, otros estudios de movimientos sociales vincularon procesos organizativos informales. Desde esta orientación los nuevos movimientos sociales son concebidos como acciones colectivas que buscan cambios sociales basados en organizaciones visibles, las cuales exhiben redes de ayuda en pro de la apropiación y maximización de recursos escasos en contextos de mercado. Las principales limitaciones de esta perspectiva tienen que ver tanto con presuponer sólo el carácter estratégico de los actores como condición *sine qua non* para la existencia de la movilización social como con no considerar las relaciones de desigualdad social a la hora de acceder a recursos pretendidamente escasos.

La emergencia de los denominados nuevos movimientos sociales según autores como Alain Touraine (1999) evidencian la crisis de los partidos políticos como representantes de las necesidades sociales e históricas. También estos movimientos sociales son vistos como alternativos a maneras más convencionales de hacer política, al proyectar sus demandas en la forma de la política simbólica característica de la sociedad de la información. La investigación de Manuel Castells muestra que las tecnologías de la información y de la comunicación inducen nuevas reglas de juego que afectan de forma importante a la sustancia de la política. El punto clave aquí es que los medios electrónicos, incluidos no

sólo la televisión y la radio, sino otras formas de comunicación como los periódicos e Internet, se han convertido en un espacio privilegiado de la política. No es que toda política pueda reducirse a imágenes, sonidos o manipulación simbólica, pero, sin ellos, no hay posibilidad de obtener o ejercer poder (Castells, 1999). En este sentido es emblemático el uso político que hizo del Internet el Ejercito Zapatista de Liberación Nacional – EZLN, en México, para dar a conocer su propuesta y su lucha en otros sitios del mundo.

Siguiendo a Touraine, y especialmente apoyado en una lectura de los movimientos especialmente europeos³⁶, la distinción entre los viejos y nuevos movimientos sociales reside en que mientras los antiguos movimientos sociales, sobre todo el sindicalismo obrero, se transforman en grupos de presión política o en agentes de defensa corporativa de sectores de nueva clase media asalariada; los nuevos movimientos sociales, aun cuando carecen de una organización y una capacidad de acción permanente, hacen visible una nueva generación de problemas y de conflictos sociales y culturales. Ya no se trata de enfrentarse para obtener la dirección de los medios de producción, sino que ahora se trata de las finalidades de esas producciones culturales que son la educación, los cuidados médicos y la información de masas.

A finales de los ochenta del siglo pasado, la peculiaridad Latinoamericana radicó en que nuevas formas de acción colectiva coincidieron con el cierre de los canales institucionales de expresión de las demandas sociales. Lo anterior acontecido por las dictaduras militares, especialmente en el Cono-Sur (Argentina, Chile, Brasil y Uruguay), que negaban a los partidos políticos sus funciones de mediadores de intereses sociales. Estos regímenes auspiciaron represión política afectando a sindicatos y otras organizaciones populares, esta situación social se profundizó por la indiferencia de las instituciones públicas frente a las demandas de la población (Jelin, 1994).

Desde otra perspectiva estas acciones colectivas se asocian a las luchas contra los procesos de segmentación y marginación social generados por la crisis económica de la década de los ochenta y por los cambios suscitados por la modernización a escala nacional, regional e internacional que se inició en la misma década, pero que se intensificó a principios de los noventa (Calderón, 1995).

En este sentido, Arturo Escobar, Sonia Álvarez y Evelina Dagnino, destacan que los niveles de pobreza, violencia, discriminación y exclusión

³⁶ Giddens (1994) basándose en los ámbitos institucionales de la modernidad, define cuatro tipos de movimientos sociales según las luchas que los caracterizan en Europa: 1) acumulación de capital –capitalismo- (movimiento obrero); 2) campo del control de los medios de la violencia –poder militar y policial- (movimientos pacifistas); 3) operaciones de vigilancia del Estado moderno (movimientos democráticos y por la libertad de expresión) y, 4) consecuencias del desarrollo industrial –industrialismo- (movimientos ecológicos).

que se están alcanzando en Latinoamérica no tienen precedentes y que parecen indicar, más que crisis de partidos, un cuestionamiento social al diseño y desempeño de las ‘nuevas’ democracias en estas sociedades³⁷. Según el estudio “Panorama social de América Latina 2006” de la Comisión Económica para América Latina y el Caribe, Cepal, en el 2005 el 39,8% de la población de América Latina y el Caribe se encontraba en situación de pobreza (209 millones de personas) y un 15,4% (81 millones de personas) en pobreza extrema o indigencia.

Siguiendo a Adrián Scribano (2008) las situaciones de conflicto que configuran y estructuran a muchos de los movimientos sociales en la actualidad en Latinoamérica tienen que ver con tres aspectos: la existencia de millones de cuerpos ‘superfluos’ para el sistema de explotación capitalista en condiciones muy distintas de las que tal sistema ha tratado la población sobrante; la fragmentación identitaria y la disolución de los colectivos de asociados, como resultado de los planes neoliberales de ajuste estructural y, la instalación de la lógica de la impunidad como parte del sentido común, los efectos de los mecanismos de soportabilidad social y los dispositivos de la regulación de las sensaciones.

En este contexto, los movimientos sociales contemporáneos estarían debatiendo los parámetros de la democracia, o al menos con toda certeza, las fronteras de lo que ha de definirse como el escenario político: sus participantes, sus instituciones, sus procesos, sus programas y sus alcances, en otras palabras, están desafiando o dibujando nuevas fronteras de lo político, al reconocer un vínculo constitutivo entre cultura y política (Escobar, *et al.*, 2001).

Teniendo en cuenta lo expresado habría que dudar que una teoría unitaria pueda explicar la diversidad de los nuevos movimientos sociales (Scott, 1990; Santos, 2001). Más aún si se trata de dar cuenta de la compleja densidad de los procesos y prácticas sociales que agencian los actores colectivos en estos tipos de movimientos en América Latina.

Existen otras visiones que a la hora de definir los marcos de indagación más apropiados para comprender el fenómeno debaten sobre si estos nuevos movimientos sociales son en realidad nuevos. Para André Gunder Frank (1989) los movimientos de comunidades locales, étnicos/nacionalistas, religiosos, pacifistas y hasta de mujeres/feministas han existido por siglos y hasta por milenios en varias partes del mundo. Los movimientos denominados *clásicos* de la clase trabajadora, de los obreros y los sindicatos, pueden, en cambio, ser concebidos como *nuevos* al ser

³⁷ La explosión de expectativas que siempre acompaña a las transiciones del autoritarismo a la democracia ha desembocado rápidamente en Latinoamérica en el desencanto y el debilitamiento de la adhesión de los ciudadanos a los nuevos -aún frágiles- marcos institucionales. En este sentido la construcción de nuevos pactos de ciudadanía capaces de refundar las lógicas democráticas y los canales de participación política de cara a las exigencias de este tiempo de los cambios, constituye uno de los mayores desafíos actuales para los sistemas políticos del continente (Caetano, 2006).

característicos de las revoluciones industriales y de los procesos de urbanización, en especial, de la Europa central, procesos que son más recientes.

Desde otro enfoque la novedad de los NMS reside en que constituyen tanto una crítica de la regulación social capitalista, como una crítica de la emancipación social socialista tal como fue definida por el marxismo. Al identificar nuevas formas de opresión que sobrepasan las relaciones de producción, y ni siquiera son específicas de ellas, como son la guerra, la polución, el machismo, el racismo o el productivismo, y al abogar por un nuevo paradigma social, basado en la cultura y en la calidad de vida, y menos en la riqueza y bienestar material (Santos, 2001).

Si bien es común encontrar posturas que concuerdan en que hay *novedad* en los nuevos movimientos sociales, para otros enfoques la novedad de los nuevos movimientos sociales está no tanto en sus tipos de reivindicaciones, su base social, su ideología, sino en su ‘impureza’.

“Una de las características propias de América Latina es que no hay movimientos sociales puros o claramente definidos, dada la multidimensionalidad, no solamente de las relaciones sociales sino también de los propios sentidos de la acción colectiva. Por ejemplo, es probable que un movimiento de orientación clasista esté acompañado de juicios étnicos y sexuales, que lo diferencian y lo asimilan a otros movimientos de orientación culturalista con contenidos clasistas” (Santos, 2001: 181).

De acuerdo con Jiménez (1999) lo radicalmente nuevo de estos movimientos, es el actual contexto de globalización y de generación de incertidumbres sociales, que exige, por un lado, la renovación de las viejas fuerzas emancipadoras a partir de la construcción de confluencias con los nuevos movimientos y sus fuerzas de reivindicación, y por otro, un gran esfuerzo para cambiar los cuerpos teóricos que no alcanzan a dar cuenta de manera suficiente de la vida social contemporánea.

Foro Social Mundial: versión contemporánea de los movimientos sociales

En los últimos años ha emergido una nueva modalidad de movimientos sociales, que viene siendo denominada como anti-sistémica o movimientos anti-globalización neoliberal. Movimientos que en estricto sentido luchan contra las lógicas del capital global transnacional más que contra el proceso de mundialización como un todo. Lo anterior, dado que la globalización como tendencia histórica es resultante de múltiples y complejas interrelaciones que generan no sólo un único, sino variados procesos de globalización³⁸.

³⁸ Véase, Mato (1996).

Estos movimientos de resistencia se caracterizan por tener un signo interclasista, de mezcla de valores y de reivindicaciones múltiples; defensa de derechos, emancipación y búsqueda de nuevos estilos de vida. Es así que en ellos confluyen organizaciones de vieja izquierda como, por ejemplo, organizaciones sindicales o de lucha por la defensa de la tierra; de la llamada ‘nueva’ izquierda como los movimientos ecológicos, feministas, de indígenas o de afro-descendientes; también de anarquistas, de derechos humanos y por la defensa de un trabajo digno; y otra gran variedad de organizaciones sociales nucleadas en grupos de iglesias, artistas, medios de comunicación, centros de estudios, colectivos de minorías sexuales LGBT³⁹, entre otros. Movimientos sociales que privilegian estructuras organizativas descentradas, que se basan en redes sociales, tanto físicas como virtuales, que son flexibles y espontáneas según la situación o demanda. Además, cuestionan el predominio cultural, social, económico y político de un modo de vida anudado a la tríada ‘sagrada’ de la globalización neoliberal: el patriarcalismo, el productivismo y el militarismo (Durán, 2007).

Uno de los hechos que marca el ‘comienzo’ de estas formas de movilización social lo constituyen las protestas ocurridas en 1999, en Seattle⁴⁰, durante las reuniones de la Organización Mundial del Comercio – OMC. La OMC, ante la expansión que en la década de los noventa tuvo el modelo económico neoliberal en vastas regiones del mundo, acordó el encuentro con el fin de impulsar la implementación institucional de las políticas del Consenso de Washington⁴¹ y del Fondo Monetario Internacional -FMI. Para sorpresa de muchos, hubo una protesta social significativa que de hecho desestabilizó la realización de la reunión. Entre quienes participaron en la protesta se encontraban una gran cantidad de organizaciones estadounidenses derivadas de organizaciones sindicales,

³⁹ LGBT es un acrónimo que se usa como término colectivo para referirse a las personas lesbianas, gay, bisexuales y a travestis, transexuales y transgéneros.

⁴⁰ Las jornadas de Seattle han sido un verdadero acontecimiento político (en el sentido de haberse creado algo en el orden de lo posible), produjo una mutación de la subjetividad, cambios de las maneras de sentir que expresan nuevas posibilidades de vida y que se trata de llevarlas a cabo (Lazzarato, 2006).

⁴¹ El Consenso de Washington es la aplicación de los diez instrumentos de política económica neoliberal para llevar adelante el objetivo de un sistema capitalista mundial basado en la libertad del mercado, donde la vida social se concibe gobernada por las leyes de la competencia y del conflicto. Los principales instrumentos de política que dispuso son los siguientes: disciplina fiscal; inflación como parámetro central de la economía; prioridades en el gasto público; reforma tributaria; tasas de interés determinadas por el mercado; tipo de cambio⁴² determinados por las fuerzas del mercado; política comercial de liberalización de las importaciones (orientación hacia afuera); inversión extranjera directa; privatizaciones y desregulación. *Cfr.*, Vargas (2002).

grupos de ambientalistas, de feministas y de anarquistas (Wallerstein, 2003).

Posteriormente a este hecho se han venido gestando luchas sociales, tanto en los países del Sur como del Norte del mundo, con el lema de *otro mundo es posible* han confluído en el Foro Mundial Social (FSM). El FSM lucha contra todas las formas de opresión causadas o facilitadas por la globalización neoliberal. Opera a favor de procesos de intercambio entre los movimientos sociales en ámbitos transnacionales, regionales, nacionales y locales; ha desarrollado foros mundiales en Porto Alegre 2001/2002/2003/2005, Bombay 2004, Caracas 2006, Nairobi 2007); foros regionales como el Foro de las Américas (Quito 2004, Caracas 2006) y también ha organizado foros temáticos (educación, agua, juventud, democracia, crisis del neoliberalismo, derechos humanos, tierras, entre otros).

La novedad organizacional del FSM, de acuerdo con Boaventura de Sousa, reside en que no se estructura siguiendo ninguno de los modelos de organización política moderna, sea el centralismo democrático, sea la democracia representativa, sea la democracia participativa. Nadie lo representa, ni puede hablar en su nombre y mucho menos adoptar decisiones por él, en otras palabras, el FSM no tiene líderes, rechaza las jerarquías y pone énfasis en las redes de cooperación que Internet hace posible.

El FSM es un nuevo fenómeno político, trae consigo la reaparición de una utopía crítica, es decir, la crítica radical a la realidad cotidiana actual y la aspiración a una sociedad mejor. Vincula luchas que hacen frente a las distintas formas de opresión que afectan a las mujeres, las minorías étnicas, los pueblos indígenas, los campesinos, los desempleados, los trabajadores del sector informal, los inmigrantes legales e ilegales, las clases inferiores marginadas en guetos, los gay, las lesbianas, los niños, los jóvenes. Lo que es nuevo en esta experiencia como entidad política es que la mayoría de los movimientos y organizaciones que participan en ella no se reconocen en las rupturas convencionales o en las ortodoxias clasificadorias del pasado: reforma o revolución; socialismo o emancipación social; Estado como enemigo o como aliado potencial; luchas nacionales o globales; acción directa o acción institucional (Santos, 2007).

Esta nueva versión de movimientos sociales que lucha en contra del discurso y de las prácticas institucionales del neoliberalismo, para algunos críticos, está en mora de constituir un programa positivo que aliente sus demandas con iniciativas concretas y así transite de posturas exclusivamente de denuncia a posiciones propositivas. Para otros, como la vieja izquierda, estos movimientos contemporáneos tienen más un carácter reformista, dado que cuestionan problemáticas pero no denuncian lo fundamental, el orden social imperante, ello hace que hagan parte de lo mismo que pretenden objetar. Otras visiones confieren a estas nuevas formas movilización social la posibilidad de inspirar nuevos

acontecimientos sociales que auspicien mundos relativamente más democráticos e igualitarios (Wallerstein, 2003).

Por su parte Boaventura de Sousa (2001) otorga a estos movimientos sociales contemporáneos ser indicio de las actuales transformaciones globales en el contexto político, social y cultural y, por ello, sus objetivos serían parte permanente de la agenda política de los próximos años, independientemente del éxito, necesariamente diverso de los diferentes movimientos concretos.

En este contexto hoy en día los movimientos sociales contemporáneos constituyen una de las experiencias de lucha más novedosas de las que se han podido observar en los últimos años. Lo que más ha llamado la atención de estos movimientos ha sido la dificultad para ser entendidos bajo los parámetros no sólo de los modelos teóricos anteriores a los años sesenta y setenta -en términos clásicos del movimiento obrero-, sino también bajo las perspectivas producidas con posterioridad a los nuevos movimientos sociales (Íñiguez, 2003).

Las políticas de lugar

Los actuales movimientos sociales en Latinoamérica están exhibiendo procesos de búsqueda de igualdad y diferencia social, étnica, epistémica, sexual y de género, en contextos construidos por formas de dominación múltiple que caracterizan las dinámicas del capitalismo global contemporáneo. Dentro de este marco en este apartado se propone que los sentidos, acciones y formas de protesta social del presente histórico despliegan diversas configuraciones de *políticas de lugar*, o dicho de otra manera, variadas experiencias cotidianas que forjan la cultura como política.

Los lugares y las políticas

La noción de lugar ha sido tradicionalmente definida con una marcada perspectiva nostálgica, de preservación de las identidades comunitarias, auténticas y alejadas de cualquier factor externo que opere como agente artificial, así el lugar deviene como un mundo en sí mismo, con cierta esencialización de la vida y sin relación con el ‘afuera’. En este sentido, y especialmente desde finales de la década de 1980, muchos reclamos nacionalistas, regionalistas y localistas dirigieron sus esfuerzos a dotar a sus lugares de referencia con identidades fijas, significados particulares y reclamos propios (Barros, 2000). Lo anterior como resultado de cierta tendencia en las ciencias sociales de concebir el lugar como opuesto al concepto de espacio; la separación cartesiana fija el lugar como fuente de lo concreto, de lo específico y al espacio como referente de lo abstracto, de lo universal.

En la actualidad quizá una de las perspectivas más innovadoras a la hora de conceptualizar el lugar la ofrece Doreen Massey (1994, 1999,

2005). Esta geógrafa, concibe el lugar como espacios producidos por constantes procesos de interrelación de lo social, donde opera la existencia de la multiplicidad y la apertura radical al futuro. Cuestionando visiones dicotómicas aquí deviene el lugar como espacio vivido en niveles íntimos pero siempre en interacción con niveles más externos, a manera de ejemplo, como los que coexisten entre el hogar y sus relaciones con las actuales tecnológicas de la información y la comunicación. Desde esta orientación el lugar no sólo es territorio sino también experiencia vivida y situada, en vínculo con redes de flujos, intercambios e influencias nuevas y foráneas, a estos procesos de interrelación Massey los denomina “sentidos globales de lugar”.

Desde esta perspectiva el lugar es el espacio de los vínculos que produce lo social, donde coexisten relaciones de poder, cooperación y conflicto, nunca finitos y siempre abiertos a lo inesperado e impredecible. Aquí reside el poder transformador del lugar, su carácter eminentemente político.

Una reciente investigación del Centro de Estudios de la Realidad Económica y Social, CERES, describe cómo el movimiento cocalero de Bolivia está conformado por campesinos y obreros mineros que se trasladaron desde diversos puntos del país a la región tropical amazónica del departamento de Cochabamba, conocida como Chapare, en el centro de Bolivia. El trabajo muestra cómo este grupo de personas ha logrado establecer colonias y arraigar su modo de vida en torno a los productos tropicales. Para ellos, el territorio va más allá de su procedencia geográfica particular, el territorio ha devenido en lugar cuando por medio de sus experiencias, tanto físicas como simbólicas, ligadas a develar un medio ambiente difícil, el Trópico de Cochabamba, han podido establecer identificaciones en torno de la hoja de coca como hoja sagrada. Estas identificaciones han sido generadoras de vínculos sociales tanto en la región como a niveles transnacionales, permitiéndoles cierta visibilidad política y cultural que ha obrado como defensa de su propia condición de agrupación social y también como fuente de empoderamiento y de lucha contra la estigmatización que sufren por parte de autoridades locales y estadounidenses (Durán 2007).

Ahora bien, siguiendo a Arturo Escobar (2001), una política del lugar es la ubicación de una multiplicidad de formas de política cultural. La política cultural entendida como el proceso que se desata cuando entran en conflicto conjuntos de actores sociales que buscan otorgar nuevos significados a las interpretaciones culturales dominantes o cuando desafian prácticas políticas dominantes, esto es, de lo cultural, convirtiéndose en política.

La cultura es política porque los significados son elementos constitutivos de procesos que, implícita o explícitamente, buscan dar nuevas definiciones del poder social. Es decir, cuando los actores, los movimientos despliegan conceptos alternativos de mujer, naturaleza, raza,

economía, democracia, ciudadanía o territorio, los cuales desestabilizan significados culturales dominantes, ponen en marcha una política cultural.

Lo anterior se exemplifica con la experiencia del proceso de organización y movilización de comunidades negras en la región Sur de la costa Pacífica de Colombia, plantea una lucha histórica por la autonomía de culturas y subjetividades minoritarias, y por regímenes alternativos de lo ecológico, lo cultural y lo tecno/económico. Los activistas de este movimiento social consideran a la “biodiversidad” como “territorio más cultura”, esto es, mientras el gobierno continúa insistiendo en implementar proyectos convencionales de desarrollo orientados hacia la creación de infraestructura para la llegada del capital a gran escala, las comunidades, luchan por construir una visión de desarrollo económico y social, basada en su cultura y en sus formas de producción y organización autónomas (Libia Grueso, et al., 2001).

Es por ello que el lugar, como oportunidad del acontecer, como política de producción de los sujetos, se constituye en una posible resistencia, entendida ésta como potencia e invención de prácticas de vida más que como simple reacción frente a modelos de vida únicos y excluyentes, que cada día tienden más a naturalizar⁴² marginaciones, aduciéndolas a falta de adecuación de las distintas formas de vida a los estilos llamados ‘modernos’.

Visibilizar el lugar es apostar por la comprensión de la vivencia de los distintos grupos sociales como formas emergentes de política y de construcción de subjetividades, las cuales constituyen otros mundos en la multiplicidad de experiencias y en la reivindicación de la cotidianidad de la gente. Sin naturalizar o construir lugares como fuente de “identidades” auténticas y esencializadas.

Entre-cruces: saberes y experiencias

Indagar por las políticas de lugar implica restituir el carácter dialógico de los saberes. Lo dialógico indica que los sujetos son activos y libres en contextos de dominación y de violencia epistémica, es decir, sujetos creativos, capaces y conocedores en ámbitos trenzados por aprendizajes de conocimientos que implican ignorar otros conocimientos

⁴² Autores como Morin (1984), Escobar (1999, 2000, 2003), Lander (2000) y Lechner (2002) coinciden en resaltar que una de las características predominantes de la sociedad actual tiene que ver con la incorporación de la expresión más potente de la eficacia del pensamiento científico moderno, la naturalización de las relaciones sociales. Naturalización que implica la dominación de un estilo de vida promovido por una cultura específica —localizada y situada⁴⁸— que se globaliza al punto de ya no ser percibida como contextual e histórica, sino más bien como claramente espontánea del desarrollo de la vida en general (Durán, 2007).

por ser considerados marginales⁴³. De allí que lo dialógico no sea comprendido como un mero intercambio de experiencias, ni búsqueda de consensos, ni armonizaciones, ni un medio para la construcción académica de una meta-narrativa abarcadora de la realidad del otro; sino como un proceso de negociación cultural, que dispone de formas múltiples de saber, de distintas tácticas para inventar lo cotidiano (Certeau, 2004) y que permiten dar cuenta de aquellas transformaciones donde se instituye permanentemente lo político. Los saberes expresan lo político, la dimensión del antagonismo que es inherente a todas las sociedades humanas (Mouffe, 1995), de allí que presuponen la coexistencia conflictiva de culturas o sentidos de vida.

Uno de los retos en el estudio de los movimientos sociales, y considerando la posición de Santiago Castro (2007a), tiene que ver con la necesidad de *articular* el modelo epistémico moderno-hegemónico con otros modelos de conocimiento que aparecen marginados o invisibilizados, por haberseles considerado “míticos”, “orgánicos”, “supersticiosos” y “pre-racionales”. Tomarse en serio la palabra articulación de epistemes, implica entre otros aspectos, escapar de autoctonismos latinoamericanistas, de culturalismos etnocéntricos y de nacionalismos populistas, dado que no se trata de ir en contra de la ciencia moderna y de promover un nuevo tipo de oscurantismo epistémico, de lo que se trata más bien, es de ir “más allá” de las categorías de análisis y de las disciplinas modernas, de integrar aquellos dominios que la ciencia occidental moderna ha relegado, como las emociones, la intimidad, el sentido común, los conocimientos ancestrales y la corporalidad (Castro, 2007b).

El privilegio de formas de conocimiento excluyentes y normativas, no sólo es un obstáculo epistémico para la pluralidad de lo político, sino que a su vez legitima la instauración de ‘consensos’ sobre lo social con grados crecientes de injusticia, desigualdad e indiferencia. Este obstáculo frente al conocimiento plural, Immanuel Wallerstein, lo señala como una consecuencia del eurocentrismo de la ciencia social⁴⁴ a lo largo de su historia institucional, es decir, desde que existen departamentos que

⁴³ Para que se dé un real diálogo de saberes en las sociedades de hoy no basta incorporar la transdisciplinariedad y el pensamiento complejo en las ciencias naturales, humanas y sociales, si ello no contribuye a permitir un intercambio cognitivo entre la ciencia occidental y formas pos-occidentales de producción de conocimientos (Castro-Gómez, 2007a).

⁴⁴ La ciencia social expresa su eurocentrismo en: 1) su historiografía, 2) en la actitud provinciana de su universalismo, 3) en las afirmaciones acerca de la civilización occidental, 4) en su orientalismo, y 5) en sus intentos por imponer la teoría del progreso (Wallerstein, 2001).

enseñan ciencia social dentro del sistema universitario⁴⁵ (Wallerstein, 2001).

Afrontar el diseño de explicaciones de acción colectiva *desde* las experiencias de vida de sujetos *en-raizados* en lo local y que, de manera simultánea, se sitúan dentro de lógicas globales, conlleva tanto asumir la dimensión dialógica del conocimiento como a reconocer que los procesos de lucha social en Latinoamérica se encuentran anclados en tensiones de estructuras dinámicas de interculturalidad. La interculturalidad entendida como presencias-en-disputa de diversas culturas, es decir, como la coexistencia de sentidos de vida múltiples que alientan apuestas diferenciales por lo social.

De acuerdo con Catherine Walsh (2007) el concepto de interculturalidad tiene una significación en América Latina, y particularmente en Ecuador, ligada a geopolíticas de lugar y espacio. Más que la idea simple de interrelación o comunicación, la interculturalidad significa procesos de conocimiento-otro desde la histórica y actual resistencia de los indígenas y de los afro-descendientes.

Para Boaventura de Sousa es indispensable la interculturalidad como principio y forma para la reinvención del Estado, la democracia y la ciudadanía convencionales. Las formas de gobierno de democracia directa, deliberación y rotación, pueden coexistir con las formas de la democracia representativa y de construcción del consenso social por medio del voto, que son mecanismos occidentales de gobierno⁴⁶. Las experiencias de protesta social en la región muestran la imposibilidad de seguir pensando lo social en términos dicotómicos, esto quiere decir, por ejemplo, que las luchas por la diferencia antes que deslegitimar apuestas por la igualdad social, lo que hacen es señalar niveles de complejidad diferenciales de la relación.

⁴⁵ En la actualidad existen experiencias que transitan en procura de articulación crítica entre diferentes formas de conocer, en este sentido, cabe destacar el proceso de la Universidad Intercultural Amawtay Wasi (“casa del saber”) de Quito, Ecuador, que representa la construcción de un nuevo espacio epistemológico que articula críticamente los conocimientos indígenas y occidentales. De igual manera, este año en las localidades de Warisata y Chimoré, Bolivia, se crearon las primeras tres universidades indígenas con una pretensión similar a la de Ecuador. Para un estudio que trata el paso del conocimiento universitario al conocimiento pluri-universitario, véase Santos (2005).

⁴⁶ En el marco del actual proceso de re-definición del Estado Boliviano, Boaventura de Sousa plantea que la interculturalidad refiere a la coexistencia de diferentes nacionalidades dentro de un Estado, situación que rompe con el concepto tradicional liberal de nación que hace referencia a la coincidencia entre el Estado y la nación, es decir, nación como conjunto de individuos que pertenecen al espacio geopolítico del Estado y por eso los Estados modernos se llaman Estados-nación: una nación, un Estado. En Bolivia podemos ver una⁷⁰segunda tradición de nación, la tradición comunitaria, que es la tradición que los pueblos indígenas han promovido (Santos, 2007a).

“Lo que es diverso no está desunido, lo que está unificado no es uniforme, lo que es igual no tiene que ser idéntico, lo que es diferente no tiene que ser injusto. Tenemos el derecho a ser iguales cuando la diferencia nos inferioriza, tenemos el derecho a ser diferentes, cuando la igualdad nos descaracteriza. Estas son las reglas, probablemente, fundamentales para entender el momento que vivimos y para ver que esta nueva forma de identidad nacional y/o transnacional tiene que aprender a convivir con formas de identidades locales muy fuertes” (Santos, 2007^a: 10)

Cuestionar lo dicotómico como orientación maestra de lo social, contribuye a restablecer lo dialógico⁴⁷, los entramados, las conexiones ocultas, entre el lugar y la política, entre cultura y saber, entre experiencia y conocimiento, de los actuales movimientos sociales. Como se dijo, el reconocimiento del lugar no significa caer en la defensa o preservación a ultranza de unas supuestas formas primordiales “naturales”, “idénticas” o incluso “biodiversas”, pues todo lugar, posición de sentido debe ser entendido en relación con..., constituido dinámicamente por la objetividad del mapa y la subjetividad de la experiencia práctica. Se trata entonces de una política de lugar abierta y porosa a lo circundante y no cercada e impenetrable (Massey, 1994). Una política de lugar demanda establecer la forma construida de los conceptos, de los conocimientos que auspicia, es decir, ¿cómo se han construido las interpretaciones? y ¿qué culturas intervienen y cómo lo hacen? De igual manera conlleva a indagar el carácter desigual de la ubicación de la potencia de la vivencia, es decir, ¿bajo qué estructuras políticas y relaciones de saber se dan? y ¿qué tipos de lucha emergen?

Por último, podríamos proponer, que las políticas de lugar que expresan los movimientos sociales, constituyen procesos de idas-y-vueltas; de los marcos teóricos abstractos a las experiencias situadas, de las vivencias enraizadas en espacios de dominación múltiple a las construcciones de sentido siempre en lucha, caminante hace camino, camino hace al caminante, o como lo expresaron los Zapatistas en México, *caminamos preguntando*. Idas-y-venidas de la acción colectiva supone que los movimientos son posibles por la repetición y son potencia por lo imprevisible.

Uno de los desafíos que tenemos ahora es el de comprender las políticas de lugar que están configurando los actuales movimientos sociales, con la esperanza de recobrar relaciones densas entre experiencia y conocimiento, o mejor dicho, entre *mundos vividos* y *mundos posibles*,

⁴⁷ El Zapatismo en México, ha construido referentes para el movimiento que expresan este carácter dialógico, como por ejemplo: *mandar obedeciendo*. Véase Holloway, et al., (2007).

tarea que implica pensar los movimientos sociales en contextos de diálogos de saberes y, por ende, en espacios interculturales y de dominación múltiple.

Bibliografía referenciada

- Antonello, Judit, 2004, *Consecuencia del saqueo en Argentina: la lucha piquetera*, Argentina, Ferreyra Editor.
- Barros, Claudia, 2000, Reflexiones sobre la relación entre lugar y comunidad, en *Documents d'Anàlisi Geogràfica*, Núm.: 37, pp., 81-94.
- Caetano, Gerardo, 2006, Distancias críticas entre ciudadanía e instituciones. Desafíos y transformaciones en las democracias de la América Latina contemporánea. En *Sujetos sociales y nuevas formas de protestas en la historia reciente de la América Latina*, Gerardo Caetano (Compilador), Argentina, Clacso.
- Calderón, Fernando, 1995, Modernización y ética de la otredad. Comportamientos colectivos y modernización en América Latina. En *Revista Mexicana de Sociología*, No 3, México, Universidad Nacional Autónoma de México, pp., 3-16.
- Castells, Manuel, 1999, *La era de la información. Economía, Sociedad y Cultura*, Volumen II, Siglo Veintiuno Editores, México.
- Castro-Gómez, Santiago, 2007a, Decolonizar la universidad. La *hybris* del punto cero y el diálogo de saberes, En *El giro decolonial: reflexiones para una diversidad epistémica más allá del capitalismo global*, Santiago Castro-Gómez y Ramón Grosfoguel (editores), Bogotá, Pontificia Universidad Javeriana, IESCO y Siglo del Hombre Editores.
- _____, 2007b, El capítulo faltante de *Imperio*. La reorganización posmoderna de la colonialidad en el capitalismo posfordista. En *¿Uno solo o varios mundos? Diferencia, subjetividad y conocimientos en las ciencias sociales contemporáneas*, Mónica Zuleta, Humberto Cubides y Manuel Roberto Escobar, (editores), Bogotá, Universidad Central –IESCO y Siglo del Hombre Editores.
- _____, 2005, *La hybris del punto cero. Ciencia, raza e ilustración en la Nueva Granada (1750-1816)*, Bogotá, Pontificia Universidad Javeriana.
- Certeau, Michel, 2004, La invención de lo cotidiano. En *La irrupción de lo impensado. Cátedra de estudios culturales Michel de Certeau*, Bogotá, Editorial Pontificia Universidad Javeriana.
- Dagnino, Evelina, 1994, *Anos 90: política e sociedade no Brasil*, Sao Paulo, Brasiliense.
- Durán, Armando, 2007, El discurso del desarrollo y las políticas del lugar de los movimientos sociales contemporáneos. En *¿Uno solo o varios mundos? Diferencia, subjetividad y conocimientos en las ciencias sociales contemporáneas*, Mónica Zuleta, Humberto Cubides y Manuel Roberto Escobar, editores, Bogotá, Universidad Central –IESCO y Siglo del Hombre Editores.
- Escobar, Arturo, Álvarez, Sonia y Dagnino, Evelina, 2001, *Política cultural y cultura política: una nueva mirada sobre los movimientos sociales latinoamericanos*, Bogotá, Taurus.
- Escobar, Arturo, 2003, Mundos y conocimientos de otro modo, en *Tabla Rasa*, No. 1, Bogotá.
- _____, 2000, El lugar de la naturaleza y la naturaleza del lugar: ¿globalización o postdesarrollo? En Edgardo Lander (Compilador), *La colonialidad del saber, eurocentrismo y ciencias sociales*, Buenos Aires, CLACSO/UNESCO.

- _____, 1999, El final del salvaje: naturaleza, cultura y política en la antropología contemporánea, Bogotá, CEREC.
- _____, 1998, La invención del tercer mundo: construcción y deconstrucción del desarrollo, Bogotá, Norma.
- Giddens, Anthony, 1994, Consecuencias de la modernidad, Barcelona, Alianza Editorial.
- Grueso Libia, Rosero Carlos y Escobar, Arturo, 2001, El proceso de organización de comunidades negras en la región sureña de la costa Pacífica de Colombia. En Política cultural y cultura política: una nueva mirada sobre los movimientos sociales latinoamericanos, Arturo Escobar, Sonia Álvarez y Evelina Dagnino (compiladores), Bogotá, Taurus.
- Gunder, André, Fuentes, Marta y Sáez, Javier, 1989, Diez tesis acerca de los movimientos sociales. En Revista Mexicana de Sociología, Vol. 51, No. 4, octubre-diciembre, México, Universidad Nacional Autónoma de México, pp., 21-43.
- Holloway John, Matamoros, Fernando y Tischler Sergio, 2008, Zapatismo. Reflexión teórica y subjetividades emergentes, Buenos Aires, Herramienta Ediciones.
- Íñiguez, Lupicinio, 2003, Movimientos sociales: conflicto, acción colectiva y cambio social. En Psicología de la acción colectiva, F. Vázquez, editor, Barcelona, EDIUOC.
- Jelin, Elizabeth, 1994, ¿Ciudadanía emergente o exclusión? Movimientos sociales y ONGs en los años noventa. En Revista Mexicana de Sociología, No 4, México, Universidad Nacional Autónoma de México, pp., 91-108.
- Jiménez, Carlos, 1999, Acción colectiva y movimientos sociales. Nuevos enfoques teóricos y metodológicos. Consultar en:
<http://www.google.com/search?q=cache:aLK4NCpUISoJ:www.alasru.org/cdalasru2006/10%2520GT%2520Carlos%2520Jim%C3%A9nez%2520Solares.pdf+Acci%C3%B3n+colectiva+y+movimientos+sociales&hl=es&ct=clnk&cd=3&gl=ar>
- Krischke, Paulo e Ilse, Scherer-Warren, (1987), Uma Revolução no Quotidiano?: os Novos Movimentos Sociais na América do Sul, São Paulo, Brasiliense.
- Lander, Edgardo, 2000, La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales. En La colonialidad del saber, eurocentrismo y ciencias sociales, Edgardo Lander (compilador), Buenos Aires, CLACSO/UNESCO.
- Laranjeira, Sonia, 1990, Classes e Movimentos Sociais na América Latina, São Paulo, Hucitec.
- Laraña, Enrique y Gusfield, Joseph (1994), Los nuevos movimientos sociales. De la ideología a la identidad, Madrid, CIS.
- Lazzarato, Maurizio, 2006, Políticas del acontecimiento, Buenos Aires, Tinta Limón.
- Lechner, Norbert, 2002, ¿Cómo reconstruimos un nosotros? En Sombras del mañana. La dimensión subjetiva de la política, Santiago de Chile, Universidad de Chile.
- Massetti, Astor, 2004, Piqueteros. Protesta social e identidad colectiva, Buenos Aires, Editorial de las Ciencias, Flacso.
- Massey, Doreen, 2005, For Space, London, Sage.
- _____, 1999, Power-geometries and the politics of space-time, Heidelberg, University of Heidelberg.
- _____, 1994, Space, place and gender, Cambridge, Polity Press.
- Mato, Daniel, 1996, Procesos culturales y transformaciones sociopolíticas en América Latina en tiempos de globalización. En Daniel Mato, Maritza Montero y Emanuele Amodio (compiladores), América Latina en tiempos de globalización: procesos culturales y transformaciones sociopolíticas, Caracas, UNESCO/Asociación

Latinoamericana de Sociología/Universidad Central de Venezuela. Consultar en: www.globalcult.org.ve/doc/mato/Intro96.pdf

Melucci, Alberto, 1994, Asumir un compromiso: identidad y movilización en los movimientos sociales. En Zona Abierta. Movimientos sociales, acción e identidad, No 69, Madrid.

McAdam, Dough, McCarthy Jhon y Zald, Mayer (1999), Movimientos sociales: perspectivas comparadas, Madrid, ISTMO.

McCarthy, Jhon y Zald, Mayer (1973), The trend of social movements in America. Professionalization and resource mobilization, Morristown, N.J., General Learning Press.

_____, (1977), Resource mobilization and social movements: a partial theory, American Journal of sociology 82 (6), pp., 176-187.

Morin, Edgar, 1984, Ciencia con conciencia, Barcelona, Anthropos.

Mouffe, Chantal, 1999, El retorno de lo político: comunidad, ciudadanía, pluralismo, democracia radical, Barcelona, Paidós.

Munck, Gerardo, 1995, Algunos problemas conceptuales en el estudio de los movimientos sociales. En Revista Mexicana de Sociología, Vol., 57, No 3, julio-septiembre, México, Universidad Nacional Autónoma de México, pp., 17-40.

Oslender, Ulrich, 2000, Espacializando resistencia: perspectivas de espacio y lugar en las investigaciones de movimientos sociales, Bogotá, Universidad Nacional de Colombia.

Santos, Boaventura de Sousa, 2007, Más allá de la gobernanza neoliberal: El Foro Social Mundial como legalidad y política cosmopolitas subalternas. En El derecho y la globalización desde abajo. Hacia una legalidad cosmopolita, Boaventura de Sousa Santos y César A. Rodríguez (Compiladores), España, Anthropos Editorial.

_____, 2007a, La reinvención del Estado y el Estado plurinacional. Conferencia en Santa Cruz de la Sierra, Bolivia. Abril 3 y 4.

_____, 2005, La universidad en el siglo XXI. Para una reforma democrática y emancipadora de la universidad, Buenos Aires, Laboratorio de Políticas Públicas.

_____, 2001, Los nuevos movimientos sociales. En Revista del Observatorio Social de América Latina, CLACSO, Buenos Aires, pp., 177-184.

Scott, Alain, 1990, Ideology and the New Social Movements, Londres, Unwin Hymán.

Scribano, Adrián, 2008, Conocimiento social e investigación social en Latinoamérica. En La Metodología de la investigación en debate, Néstor Cohen y Juan Ignacio Piovani (compiladores), Argentina, Editorial Universitaria de Buenos Aires.

Svampa, Maristella y PEREYRA Sebastián, 2003, Entre la ruta y el barrio. La experiencia de las organizaciones piqueteras, 2^a edición corregida, Buenos Aires, Biblos.

Tilly, Charles, 1978, From mobilization to revolution, Reading, Mass., Addison-Wesley.

Touraine, Alain, 1999, Crítica de la modernidad, Argentina, Fondo de Cultura Económica.

Vargas, Óscar, 2002, Qué es el ALCA? Globalización, Estados Unidos y América Latina, Nicaragua, Centro de Estudios de la Realidad Nacional -CEREN.

Wallerstein, Immanuel (2003), ¿Qué significa hoy ser un movimiento anti-sistémico? En: Revista del Observatorio Social de América Latina, Buenos Aires, OSAL, CLACSO, pp., 179-184.

_____, (2001), El eurocentrismo y sus ⁷⁴ avatares: los dilemas de la ciencia social, En Capitalismo y geopolítica del conocimiento. El eurocentrismo y la filosofía de la

Diálogos Latinoamericanos 14, 2008

liberación en el debate intelectual contemporáneo, Walter Mignolo (editor), Buenos Aires, Ediciones del Signo.

Walsh, Catherine, 2007, Interculturalidad y colonialidad del poder. En El giro decolonial: reflexiones para una diversidad epistémica más allá del capitalismo global, Santiago Castro-Gómez y Ramón Grosfoguel (editores), Bogotá, Pontificia Universidad Javeriana, IESCO y Siglo del Hombre Editores.